

LA PIPA DE OPIO  
THEOPHILE GAUTIER



*La Pipa de Opio* recrea un universo de encantamientos y sortilegios, poblado de espíritus, presentimientos, delirios y misterio, en el que la voluptuosidad y el exotismo se unen a la muerte en un declarado culto a la belleza. En estas páginas, Gautier se inspira en una imagen mítica del pasado («Arria Marcella», «Ónfala» o «El pie de momia»), en alucinadas visiones, producto del sueño y las drogas («La pipa de opio», «El caballero doble» o «Avatar», considerado uno de los relatos fantásticos más representativos del siglo XIX), en temas como los de los objetos que cobran vida, la muerta resucitada o la pasión por Satán. Los diez cuentos reunidos en este volumen fueron publicados entre 1831 y 1856. Junto a «La muerta enamorada» (El ojo sin párpado nº 1) y «Onophrius» (El ojo sin párpado nº 30) componen lo mejor de la producción fantástica del heredero de Hoffmann en Francia.

# LA CAFETERA

## *Cuento fantástico*<sup>[1]</sup>

### I

**E**L año pasado me invitaron, junto a dos de mis compañeros de trabajo, Arrigo Cohic y Pedrino Borgnioli, a pasar unos días en un lugar remoto de Normandía.

El tiempo que, cuando nos pusimos en marcha, prometía ser excelente, cambió de repente, y cayó tanta lluvia, que los tortuosos caminos por los que avanzábamos eran como el lecho de un torrente.

Nos hundimos en el cieno hasta las rodillas, una capa espesa de tierra resbaladiza se pegó a la suela de nuestras botas, y su peso aminoró de tal modo nuestros pasos, que llegamos a nuestro lugar de destino una hora después de la puesta del sol.

Estábamos agotados; así es que nuestro anfitrión, al comprobar los esfuerzos que hacíamos para reprimir los bostezos y mantener los ojos abiertos, una vez que hubimos cenado, mandó que nos condujeran a cada uno a nuestra habitación.

La mía era muy amplia; sentí, al entrar en ella, como un estremecimiento febril, porque me pareció que entraba en un mundo nuevo.

Realmente, uno podía creerse en tiempos de la Regencia, viendo los dinteles de Boucher que representaban las cuatro Estaciones, los muebles de estilo rococó del peor gusto, y los marcos de los espejos torpemente tallados.

Nada estaba desordenado. El tocador cubierto de estuches de peines, de borlas para los polvos, parecía haber sido utilizado la víspera. Dos o tres vestidos de colores tornasolados, un abanico sembrado de lentejuelas de plata alfombraban el entarimado bien encerado y, ante mi gran asombro, una tabaquera de concha, abierta sobre la chimenea, estaba llena de tabaco todavía fresco.

No advertí estas cosas hasta después de que el criado, tras dejar la palmatoria en la mesa de noche, me hubo deseado felices sueños y, lo confieso, empecé a temblar como una hoja. Me desnudé rápidamente, me acosté y, para acabar con aquellos estúpidos temores, pronto cerré los ojos volviéndome hacia el lado de la pared.

Pero me fue imposible permanecer en esa postura: la cama se agitaba como una ola y mis párpados y mis ojos se negaban obstinadamente a cerrarse. No tuve más remedio que volverme y mirar.

El fuego que ardía en la chimenea lanzaba reflejos rojizos a la estancia, de modo que se podía sin dificultad contemplar los personajes de los tapices y las figuras de los retratos borrosos colgados de la pared.

Eran los antepasados de nuestro anfitrión, caballeros con armaduras de hierro, consejeros con peluca, y bellas damas de rostro maquillado y cabellos empolvados de blanco, que llevaban una rosa en la mano.

De repente el fuego cobró un extraño grado de actividad; un resplandor macilento iluminó la habitación, y vi claramente que lo que había tomado por simples pinturas se hacía realidad; porque las pupilas de aquellos seres enmarcados se movían, brillaban de forma singular; sus labios se abrían y se cerraban como labios de personas que habla-

ran, pero yo no oía sino el tic-tac del reloj de pared y el silbido del viento otoñal.

Un terror invencible se apoderó de mí, se me erizaron los cabellos, los dientes me castañeteaban tan fuertemente que pensé que se me iban a romper, y un sudor frío inundó todo mi cuerpo.

El reloj dio las once. La vibración del último toque retumbó durante un instante interminable y, cuando hubo cesado completamente...

¡Oh, no! No me atrevo a decir lo que ocurrió, nadie me creería y me tomarían por loco.

Las velas se encendieron solas; el fuelle, sin que ningún ser visible lo pusiera en movimiento, empezó a soplar el fuego, carraspeando como un viejo asmático, mientras las tenazas removían los tizones y la paleta levantaba las cenizas.

Después, una cafetera se tiró desde una mesa en la que estaba posada, y se dirigió, renqueando, hacia la lumbre, donde se instaló entre los tizones.

Unos instantes más tarde, las butacas empezaron a ponerse en movimiento y, agitando sus retorcidas patas de forma sorprendente, fueron a colocarse alrededor de la chimenea.

## II

No sabía qué pensar de lo que veía; pero lo que me quedaba por ver era todavía más extraordinario.

Uno de los retratos, el más antiguo de todos, el de un gordo mofletudo de barba gris, que se parecía, hasta el punto de confundirse, a la idea que siempre me había hecho del viejo sir John Falstaff, sacó, gesticulando, la cabeza de su marco y, después de grandes esfuerzos, habiendo lo-

grado pasar sus hombros y su rechoncho vientre por entre los estrechos márgenes de la orla, saltó pesadamente al suelo.

Todavía no había recobrado el aliento cuando sacó del bolsillo de su jubón una llave increíblemente pequeña: sopló dentro para asegurarse de que el agujero estaba bien limpio, y la aplicó a todos los marcos, unos tras otros.

Y todos los marcos se ensancharon para dejar pasar fácilmente a las figuras que encerraban.

Pequeños y sonrosados abates, nobles ancianas, secas y amarillas, magistrados de gesto grave, embutidos en enormes trajes negros, petimetres con medias de seda, calzón de lana y la punta de la espada en alto... todos esos personajes presentaban un espectáculo tan extraño que, a pesar de mi espanto, no pude evitar que me diera la risa.

Los dignos personajes se sentaron; la cafetera saltó ágilmente a la mesa. Tomaron el café en tazas del Japón, blancas y azules, que acudieron espontáneamente procedentes de la superficie de un escritorio, cada una provista de un terrón de azúcar y de una cucharita de plata.

Una vez tomado el café, tazas, cafetera y cucharas desaparecieron a la vez, y empezó la conversación, realmente la más curiosa que jamás había oído, porque ninguno de los extraños conversadores miraba al otro al hablar: todos tenían los ojos fijos en el reloj de péndulo.

Yo tampoco podía desviar la mirada de él, ni evitar seguir la aguja, que avanzaba hacia medianoche a imperceptibles pasos.

Por fin, sonaron las doce; una voz, cuyo timbre era exactamente el del reloj, se dejó oír y dijo:

—Es la hora, bailemos.

El grupo entero se levantó. Las butacas retrocedieron solas; entonces, cada caballero cogió la mano de una dama, y la misma voz dijo:

—¡Vamos, señores de la orquesta, empiecen!

He olvidado decir que el motivo de los tapices era: en uno, un concierto italiano y, en el otro, una cacería de ciervos donde varios criados tocaban el cuerno. Los monteros y los músicos que, hasta entonces, no habían hecho gesto alguno, inclinaron la cabeza en señal de adhesión.

El maestro levantó la batuta, y una armonía viva y bailable surgió de los dos extremos de la sala. Primero bailaron el minué.

Pero las rápidas notas de la partitura ejecutada por los músicos armonizaban mal con las graves reverencias: además, cada pareja de bailarines, al cabo de unos minutos, se puso a hacer piruetas como una peonza. Los vestidos de seda de las mujeres, arrugados en aquel torbellino danzante, emitían sonidos de especial naturaleza; era como el ruido de alas de un vuelo de palomos. El aire que se introducía por debajo los inflaba prodigiosamente, de modo que parecían campanas en movimiento.

El arco de los virtuosos pasaba tan rápidamente por las cuerdas, que salían chispas eléctricas. Los dedos de los flautistas se alzaban y bajaban como si hubieran sido de azogue; las mejillas de los monteros estaban hinchadas como balones, y todo ello formaba un torrente de notas y trinos tan apresurados y escalas ascendentes y descendentes tan embrolladas, tan inconcebibles, que ni los propios demonios hubieran podido seguir dos minutos semejante compás.

Daba pena ver los esfuerzos de aquellos bailarines por seguir el ritmo. Saltaban, hacían cabriolas, zalamerías, agitados pasos de danza y trenzados de tres pies de altura, con tal ímpetu que el sudor, que les caía por la frente hasta los ojos, les desdibujaba los bigotes y el maquillaje. Pero por mucho que hicieran, la orquesta siempre se les adelantaba tres o cuatro notas.

El reloj dio la una; se detuvieron. Vi algo que se me había escapado: una mujer que no bailaba.

Estaba sentada en una butaca a un lado de la chimenea, y no parecía en lo más mínimo tomar parte en lo que pasaba a su alrededor.

Jamás, ni siquiera en sueños, nada tan perfecto se había presentado a mis ojos; una piel de resplandeciente blanca, el cabello de un rubio ceniciento, largas pestañas y unos ojos azules, tan claros y tan transparentes, que a través de ellos veía su alma tan nítidamente como un guijarro en el fondo de un arroyo.

Y sentí que, si alguna vez llegaba a amar a alguien, sería a ella. Salté precipitadamente de la cama, donde hasta entonces no había podido moverme, y me dirigí hacia ella, llevado por algo que actuaba sobre mí sin que pudiera darme cuenta; y me encontré a sus pies, con una de sus manos entre las mías, charlando como si la conociera desde hacía veinte años.

Pero, por un extraño prodigio, mientras le hablaba, seguía con una ligera oscilación de cabeza la música que no había cesado de sonar; y, aunque estuviera en el colmo de la dicha conversando con tan bella persona, los pies me ardían de deseos de bailar con ella.

Sin embargo no me atrevía a proponérselo. Al parecer, comprendió lo que yo quería, porque, levantando hacia la esfera del reloj la mano que le quedaba libre, dijo:

—Cuando la aguja avance hasta ahí, ya veremos, mi querido Théodore.

No sé cómo ocurrió pero no me sorprendió en absoluto oír que me llamaba por mi nombre, y continuamos charlando. Por fin, sonó la hora indicada, la voz con timbre de plata vibró otra vez en la habitación y dijo:

—Ángela, puedes bailar con el caballero, si te apetece, pero ya sabes lo que pasará.

—No importa —respondió Ángela en tono enojado.

Y me rodeó el cuello con su brazo de marfil.

—*Prestissimo!* —gritó la voz.



Y empezamos a bailar un vals. El seno de la muchacha tocaba mi pecho, su aterciopelada mejilla rozaba la mía, y su suave aliento acariciaba mi boca.

En toda mi vida había experimentado una emoción semejante; mis nervios vibraban como resortes de acero, la sangre me corría por las arterias como un torrente de lava, y oía latir mi corazón como si tuviera un reloj en los oídos.

Sin embargo aquel estado no era terrible en absoluto. Estaba inundado de una inefable dicha y hubiera querido seguir siempre así, y, cosa extraordinaria, aunque la orquesta hubiera triplicado su velocidad, no necesitábamos hacer esfuerzo alguno para seguirla.

Los asistentes, maravillados de nuestra agilidad, gritaban entusiasmados, y aplaudían con todas sus fuerzas, aunque no emitían ningún sonido.

Ángela, que hasta entonces había bailado el vals con una energía y una perfección sorprendentes, de repente pareció cansarse; me pesaba en el hombro como si las piernas le flaquearan; sus piecitos que, un minuto antes, tocaban ligeramente el suelo, se alzaban muy lentamente, como si estuvieran cargados con una masa de plomo.

—Ángela, estás cansada —le dije—; descanemos.

—Me gustaría —contestó enjugándose la frente con su pañuelo—. Pero, mientras bailábamos el vals, todos se han sentado; sólo queda una butaca y somos dos.

—¡Qué importa, ángel mío! Te sentaré en mis rodillas.

### III

Sin hacer la menor objeción, Ángela se sentó, me rodeó con sus brazos como si de un chal blanco se tratara y escondió la cabeza en mi pecho para calentarse un poco, porque se había quedado fría como el mármol.

No sé cuánto tiempo permanecemos en esa posición, porque todos mis sentidos estaban absortos en la contemplación de aquella misteriosa y fantástica criatura.

Había perdido la noción de la hora y del lugar; el mundo real ya no existía para mí, y todos los lazos que me ataban a él se habían roto; mi alma, libre de su prisión de fango, nadaba en el vacío y el infinito; comprendía lo que ningún hombre puede comprender, pues los pensamientos de Ángela se me revelaban sin que ella tuviera necesidad de hablar. Su alma brillaba en su cuerpo como una lámpara de alabastro, y los rayos que salían de su pecho atravesaban el mío de parte a parte.

Cantó la alondra y un pálido resplandor se vislumbró tras las cortinas.

En cuanto Ángela lo vio, se levantó precipitadamente, me hizo un gesto de despedida y, después de dar unos pasos, lanzó un grito y se desplomó.

Presa de espanto, me precipité a levantarla... La sangre se me hieló sólo de pensarlo: no encontré sino la cafetera rota en mil pedazos.

Ante aquella visión, convencido de que había sido el juguete de alguna ilusión diabólica, se apoderó de mí tal pánico, que me desvanecí.

## IV

Cuando recobré el conocimiento, me encontraba en la cama; Arrigo Cohic y Pedrino Borgnioli estaban de pie a la cabecera.

En cuanto abrí los ojos, Arrigo exclamó:

—¡Bueno, menos mal! Llevo casi una hora frotándote las sienes con agua de Colonia. ¿Qué diablos has hecho esta noche? Por la mañana, al ver que no bajabas, entré en tu

habitación, y te encontré, cuán largo eres, tirado en el suelo, vestido de cuello duro y levita, abrazando un trozo de porcelana rota como si de una joven y bella muchacha se tratara.

—¡Pues claro! Es el traje de boda de mi abuelo —dijo el otro levantando uno de los faldones de seda forrado en tono rosa y estampado en tonos verdes—. Estos son los botones de estrás y de filigrana de los que tanto presumía. Théodore lo habrá encontrado en algún rincón y se lo habrá puesto para divertirse. Pero ¿cuál ha sido la causa de tu mal? Eso está bien para una damisela de blancos hombros; se le afloja el corsé, se le quitan los collares, el chal: una buena ocasión para hacer remilgos.

—No ha sido más que un desmayo; soy muy propenso —respondí secamente.

Me levanté y me despojé de mi ridícula vestimenta.

Luego fuimos a almorzar.

Mis tres compañeros comieron mucho y bebieron todavía más; yo casi no comí, pues el recuerdo de lo que había pasado me distraía de forma extraña.

El almuerzo terminó, pero como llovía a cántaros, no se podía salir; cada uno se entretuvo, pues, como pudo. Borgnioli tamborileó marchas guerreras en los cristales; Arrigo y el anfitrión jugaron una partida de damas; yo saqué de mi álbum una hoja de pergamino y me puse a dibujar.

Las líneas casi imperceptibles trazadas por mi lápiz, sin que hubiera pensado en ello en absoluto, comenzaron a diseñar con la más maravillosa exactitud la cafetera que había jugado un papel tan importante en las escenas de la noche.

—Es sorprendente cómo esta cabeza se parece a mi hermana Angela —dijo el anfitrión, que había terminado su partida y me veía trabajar por encima del hombro.

En efecto, lo que antes me había parecido una cafetera era realmente el perfil dulce y melancólico de Ángela.

—¡Por todos los santos del paraíso! ¿Está muerta o viva? —exclamé con un cierto temblor en la voz, como si mi vida

dependiera de su respuesta.

—Murió hace dos años, de una pleuresía, después de un baile.

—¡Ay! —respondí dolorosamente.

Y, conteniendo una lágrima que estaba a punto de caer, guardé el papel en el álbum.

¡Acababa de comprender que para mí ya no era posible la felicidad en la tierra!

## ÓNFALA

### *Historia rococó*<sup>[2]</sup>

**M**í tío, el caballero de T\*\*\*, vivía en una pequeña casa que daba por un lado a la triste calle de Tournelles y por el otro al triste boulevard Saint-Antoine. Entre el boulevard y el cuerpo de la vivienda, viejos arbustos, devorados por los insectos y el musgo, estiraban lamentablemente sus brazos descarnados al fondo de una especie de cloaca encajada entre negras y altas murallas. Algunas pobres flores marchitas doblaban lánguidamente la cabeza como muchachas tísicas, esperando que un rayo de sol fuera a secar sus hojas medio podridas. Los hierbajos habían irrumpido en los senderos, que se reconocían con dificultad, pues hacía mucho tiempo que el rastrillo no había pasado por ellos. Uno o dos peces rojos flotaban más que nadaban en un estanque cubierto de lentejas de agua y de plantas de pantano.

Mi tío llamaba a eso su jardín.

En el jardín de mi tío, aparte de las bellezas que acabamos de describir, había un pabellón bastante desapacible, al que, sin duda por antífrasis, le había dado el nombre de *Delicias*. Se hallaba en un estado de completa degradación. Las paredes estaban combadas; grandes placas de argamasa se habían desprendido y yacían por la tierra entre las ortigas y la avena loca; un moho pútrido verdeaba las partes inferiores; la madera de los postigos y de las puertas se había dilatado, y ya no cerraban o lo hacían muy mal.

Una especie de enorme puchero de resplandecientes efluvios formaba la decoración de la entrada principal; porque en tiempos de Luis XV, época de la construcción de las Delicias, había siempre, por precaución, dos entradas. Óvolos, hojas esculpidas y volutas recargaban la cornisa totalmente arrasada por la infiltración de las aguas pluviales. En resumen, las *Delicias* de mi tío el caballero de T\*\*\* era una construcción lamentable.

Aquella pobre ruina de antaño, tan deteriorada como si hubiera tenido mil años, ruina de yeso y no de piedra, arrugada, agrietada, cubierta de lepra, carcomida de musgo y de salitre, tenía el aspecto de uno de esos ancianos precoces, consumidos por corrompidos excesos; no inspiraba respeto alguno, porque no hay nada tan feo y tan miserable en el mundo como un viejo vestido de gasa y una vieja pared de yeso, cosas que no deben perdurar y que, sin embargo, perduran.

Pues en aquel pabellón era donde mi tío me había alojado.

El interior no era menos rococó que el exterior, aunque un poco mejor conservado. La cama era de seda amarilla con grandes flores blancas. Un reloj de rocalla descansaba sobre una basa incrustada de nácar y marfil. Una guirnalda de rosas de pitiminí rodeaba coquetamente un espejo de Venecia; sobre las puertas las cuatro estaciones estaban pintadas con la técnica del camafeo. Una bella dama, ligeramente empolvada, con un corsé azul cielo y una escala de cintas del mismo color, un arco en la mano derecha, una perdiz en la mano izquierda, una media luna en la frente, un galgo a sus pies, descansaba cómodamente y sonreía del modo más encantador del mundo dentro de un ancho marco ovalado. Era una de las antiguas amantes de mi tío, que había mandado pintar como si fuera Diana. El mobiliario, como puede apreciarse, no era de los más modernos. Nada impedía que uno creyera estar en tiempos de la Re-

gencia, y el tapiz mitológico colgado en la pared completaba la ilusión hasta más no poder.

El tapiz representaba a Hércules hilando a los pies de Ónfala. El dibujo estaba concebido a la manera de Van Loo y en el estilo más Pompadour que sea posible imaginar. Hércules tenía una rueca rodeada de una cinta de color rosa; levantaba el dedo con una gracia muy particular, como un marqués que toma una pizca de rapé, mientras hacía girar, entre el pulgar y el índice, un blanco pedacito de estopa; su cuello musculoso estaba cargado de lazos, adornos, collares de perlas y mil perifollos femeninos; una amplia falda tornasolada, con dos inmensos miriñaques, acababa de dar un aspecto absolutamente galante al héroe vencedor de monstruos.

Ónfala tenía sus blancos hombros medio cubiertos por la piel del león de Nemea; su delicada mano se apoyaba en la nudosa clava de su amante; sus bellos cabellos rubio ceniza suavemente empolvados le caían lánguidamente por el cuello esbelto y sinuoso como el cuello de una paloma; sus piecitos, verdaderos pies de española o de china, que hubieran entrado holgadamente en el zapato de cristal de Cenicienta, estaban calzados con coturnos antiguos, color lila claro y cuajados de perlas. ¡Era realmente maravillosa! La cabeza se echaba hacia atrás en un gesto de adorable coquetería; la boca se plegaba y formaba un delicioso mohín; tenía las aletas de la nariz ligeramente infladas y las mejillas un poco encendidas; un lunar, sabiamente situado, realzaba su esplendor de forma encantadora; sólo le faltaba un pequeño bigote para parecer un consumado mosquetero.

También había muchos otros personajes en el tapiz, la inevitable doncella, el pequeño Cupido de rigor; pero no han dejado en mi recuerdo una silueta lo bastante clara como para que pueda describirlos.

En esa época yo era muy joven, lo que no quiere decir que sea muy viejo ahora; pero acababa de salir del colegio,